

POEMA DEL VAGABUNDO

Jacinto Choza
Coimbra, 24-VIII-81

I N D I C E

1. Introducción. Por qué escribir	2
2. El jardín y la selva	3
3. Luces malas.....	5
4. El amor	7
— 5. El odio	9
6. Mefistófeles.....	10
7. El Gran inquisidor.....	12
8. La tierra	15
9. La muerte	17
10. La chica de la cofia	18
11. Infancia imposible.....	20
12. El padre de familia	21
— 13. Encuentros	23
— 14. La guerra	24
— 15. La dama del alba	25
16. Como un final lejano.....	28
17. Epílogo	29
18. Dedicatoria.....	30

INTRODUCCION

1. Por qué escribir

El papel es benigno, no envidioso,
no se irrita el papel, no piensa mal,
espera a que termines de decir,
no interrumpe jamás, y no interpreta
una maldad mayor que la expresada
ni tampoco mayores cualidades.
Y no te apesadumbra con elogios,
ni carga sobre tí esa admiración
que a veces pesa igual que una calumnia.

No desprecia al que habla, y sí lo acoge,
todo lo espera, lo soporta todo,
y puedes extender sobre él tu alma
muy pacíficamente, sin temores,
igual que por la noche en la almohada
planchada y blanca y limpia y con olor
a casa y a descanso.

Y sobre todo
no se le hace sufrir, no hay el peligro
de herirle el corazón con la palabra.

2. El jardín y la selva

Se te fue el pensamiento a sus imperios.
Imposible frenarlo en sus afanes
de conquista, de mando, de dominio.

Ha combatido al agua. Mira, ahora
la ha domesticado y castigado:
tranquila está, doblada y obediente,
y no perdió su brío. Y qué sumisa
y docilmente fuerte
repite siempre y siempre las figuras
que no hubiese creado sola nunca.

¿Está cautiva el agua porque es fuente?
¿Porque son un jardín están cautivos
los cerezos, los olmos, las acacias?

Pensamiento imperial domando savias,
poniéndole al otoño sus esquinas
y sus leyes de tráfico poniéndole
a cada primavera. Y salen dóciles
las rosas cada abril y cada mayo
sin merma de su impulso y sus temblores.

Se te fue el pensamiento vagabundo,
queriendo sólo ver. Y fue imposible
tenerlo quieto en casa con promesas
de fuentes y jardines ya creados.

Se te fue vagabundo el pobrecillo
y se quedó extasiado en las figuras
del agua que se escapa y se destroza
con la misma firmeza en los arroyos:
ese agua salvaje que no puede
repetir ni una vez su mejor forma.

¿Es que todas sus formas son mejores?
Y qué prefieres,
¿que todo el universo sea jardín?
¿Acaso eres capaz de inventar vidas
para todas las almas de los hombres?

Hace ya mucho tiempo que no sabes
ni puedes contestar.
¡Cómo vas a poder!, ¡como si fuesen
las palabras que usas nombres propios ...!
Hace ya mucho tiempo que los nombres
no viven de esa forma. Antes. Antes
repetía una vez su mejor forma
la noche, el olmo, el amor, el llanto,
y podías tener sus nombres propios.

Pero luego...
pero luego escaparon de sus nombres
con la misma firmeza con que estaban en ellos.

¿Es que eso fue traición?
¿A quién traicionarían porque no se quedaran?
¿Y a quienes traicionamos porque no les seguimos?
Cada ser no está solo, porque solo
ya no es el nombre propio de los seres.

3. Luces malas

Si esto fuera dudar... ¡cuánta certeza!
Cuando decías soledad, y así nombrabas
a cada hombre verdaderamente,
¡qué fácil era hablar unos con otros!
Y hablar, entonces, ¡cuánto acompañaba!

Pero ahora, ¡quién puede estar seguro?
No lo están los jardines, no los bosques,
ni las nieves perpetuas tan siquiera.
Da pena ver las rosas floreciendo
con tanta incertidumbre de sí mismas.
Y ahora, pobre loco, ¿acaso eres
un poco menos vagabundo cuando
estás en el jardín domesticado?

¿Sabes qué significa mañana para nadie?
Y si hubiera una luz, un duro vértigo,
un vértigo redondo,
nos lanzaría a todos contra ella,
como a esas mariposas de las noches.
Ya no esos holocaustos. No hecatombes.
¡Hay tanta luz letal!
Mejor la oscuridad, a veces ella
permite por lo menos que se viva.
Porque quizá es mejor, seguramente,
vivir.

La luz tiene que ser de otra manera.
La luz, la que no mata,
debería tener su propio nombre:
algo así como "madre", por ejemplo,
porque ese nombre
parece que está hecho de tal forma
que no puede engañar.
Pues "madre" es alumbrar, y eso no miente:
deja la oscuridad sin abolirla,
y no aplasta hacia sí con ningún vértigo.
Pues "madre" es el principio del principio.

Entonces, ¿no está ya todo muy claro?
No lo está. No lo nombres. No lo digas.
¿Cómo vas a nombrar eso sabiéndolo?
No puedes escapar, y si no puedes,
mejor que no lo intentes
ni a través del amor, ni atravesando
por las simas del mal, ni por la patria,
ni a través de la tierra o de la muerte.
En todo eso
hay ya demasiada exactitud,
hay luces falsas...

Quizá es mejor vivir, seguramente,
no vaya a ~~ser~~ que haya que hacer algo
no vaya a ser que haya que alumbrar,
que ser principio.
Y si acaso llegara ese momento
y para entonces ya te hubieses ido...

4. El amor

Y el amor.

Fijate bien cuánta esperanza enhiesta,
cuántas muchachas con los ojos húmedos,
tensada de ilusión la piel del alma...
como si eso fuera para siempre todo.

Y el muchacho
que aulla de placer...

Ah, sí. El sexo:
abolición triunfal de soledades:
allí está la tangente de dos almas,
el punto de fusión. Sí: se supone
que el placer hace flúidos los cuerpos
y la alta tensión los ilumina,
los hace transparentes; y a las almas.

Y se corre a raudales a vivirlo,
dando ya por supuesto todo el éxtasis.
¡Como si fuera fácil!
Como si fuera acaso más sencillo
que alumbrarse la vida con las luces
de las simas más hondas del dolor,
que nombrar cada estrella por su nombre.

Porque en cada momento, en cada vez,
el sexo tiene nombre propio, suyo:
una vez fue su nombre "viernes santo"
y otra vez "hijo", y otra "Dios te salve"...

¡Y por qué es tan difícil pronunciarlos?!
Y el alma corre a hacerlo y llega tarde.
Y una y otra vez, y nuevamente
se le escapa el momento y ya se rinde,
y se hunde y se alaga. Ya no puede
y le encarga a la sangre que lo haga
suponiendo que el nervio, que la sangre
no puede fracasar porque funciona
obediente a sus leyes automáticas.

Pero el alma,
pesando hacia otro lado, descoyunta
los caminos, y así, entre los escombros
se quedan sepultados.

¿Lo recuerdas?

El sexo y el amor: cómo es posible
que sean tan opacos. Se conjuran
contra el pobre muchacho y amordazan
a la que fuera niña esperanzada.

Y en una danza muda los arrastran

y cada vez más lejos de sí mismos,
cada vez más extraño el uno al otro,
empiezan el camino entre ruinas,
si es que le queda a alguno en el recuerdo:
"El sexo y el amor: érase un tiempo..."
Acaso ni siquiera queda envidia
de esos buenos salvajes animales
que lo saben hacer, y bien, y viven.

5. El odio

Cuando te mueras
no te vas a dar cuenta.
Nunca duermes: el odio te lo impide:
tiene mucha más fuerza que el cansancio:
lo recoge en el seno de su vértigo
y así lo multiplica muchas veces
haciéndolo infinito, insostenible.
Y hasta cuando el cansancio es ya supremo
el odio triunfa de él, y lo supera.
Lo recoge y lo aumenta nuevamente.
Puede despedazarte el propio cuerpo
y el alma. Y es inútil:
aunque estés mutilado por completo
tendrás aun fuerzas para maldecir
y para violar intimidades...
Porque el odio será siempre más fuerte,
más fuerte que el cansancio ya infinito.
Y no podrás dormir. Nunca. Jamás.
Y entonces ni siquiera
podrás morir:
no podrás darte cuenta cuando mueras
porque ya desde mucho tiempo antes
estabas habitando en el infierno.

6. Mefistófeles

Los frutos más sublimes, trabajados
en los yunques profundos de la culpa.
Yo te doy superada la antinomia
del bosque y el jardín: flores del mal.
El misterio más londo hecho sonido:
una armonía cruel que cuando suene
no podrán soportarla las estrellas:
verás enloquecer todas las órbitas.
Y los ejes del cosmos descubiertos
en su mediocridad, tendrán vergüenza,
infinita vergüenza de sí mismos
y retrocederán ante tu paso.

La luz también. La luz: puedes doblarla
hasta que se retuerza de dolor,
descomponga sus leyes y tú anuncies
la novísima era de las formas
de los otros colores.

Desde ahora el espacio y la materia
el canto y la palabra ... :iten! :itortúralos!
Yo lo entrego a tu mano y a tu arbitrio...

Que la realidad se ha vuelto loca,
dirán los rutinarios asomándose
atónitos al vuelo de tu idea.
Pero todos al fin comprenderán
hasta qué punto nos necesitaban.

Las vírgenes más limpias, las que tienen
un azul más sereno en la mirada,
se arrastrarán ardientes hacia tí,
como hembras sedientas, como perras
jadeantes, extenuadas de deseo,
suplicándote amor, placer ... y culpa.
Porque tan sólo tú, "El Nuevo", "El Otro",
el capaz de sacar de su letargo
insoportablemente estéril a la historia...

Ibas bien hasta aquí, pobre diablo.
¿Creías prometer porque expresabas
tu discurso en futuros imperfectos?
Siempre tu ser engaña a tu palabra:
sin darte cuenta se llenó tu boca,
tu voz, con lo más falso, has dicho "historia".

Lo que has prometido: ya ha pasado.
Todo eso es pretérito, debías
medir mejor el tiempo de tus verbos.
Todo eso que has dicho es y es pasado,
es por siempre jamás, siempre lo mismo,
insoportablemente es repetido,
y también despojado de su nombre:
están las bibliotecas llenas de eso.
Centenares de tesis doctorales.
Y diapositivas, y museos.

"Y serás como Dios". Qué emocionante,
y qué pretexto más maravilloso
para salir corriendo y escaparte
del "serás como hombre".

Lo comprendes.
Sin más capacidad para engañarte
levantas la mirada y continúas:
porque, después de todo, seguir vivo
es menos aburrido que el infierno:
la vida al fin y al cabo tiene pliegues
donde caben quizás y por si acaso.

7. El Gran Inquisidor

¿Acaso eres capaz de inventar vidas
para todas las almas de los hombres?
Y de pronto la tormenta de sueños:
correr a despertarlos, a que sepan
que vas a señalarles el camino,
llevarles a sus puestos verdaderos:
ya no más sufrimiento, ya no más
esperanzas cercadas por el miedo,
ni la niña descalza sin escuela
ni el viejo de la tos sin medicinas,
ni los jóvenes fuertes sin trabajo.

El pueblo. Ellos te necesitaban.
El sistema nervioso de las épocas:
toda la fuerza de que son capaces
las memorias humanas, toda el hambre
con sus leyes mayores y menores,
y ponerlas en orden, y las leyes
de la última venganza, y el momento
en que estarán en paz con ellos mismos.
Ellos, que nada saben, que no esperan ...
Y tú, a por su rescate
a través del insomnio y de la sangre,
a través de los muertos y más muertos ...
y los juicios y las depuraciones.
Y luego, ya, por fin, sí, lo perfecto:
como un diamante, con aristas
exactamente limpias, engarzado
en los horarios bien distribuidos.
Hizo eclosión, por fin, ya, la justicia:
como un soneto, sí, como la luna:
por ellos mismos, por su propio peso.
Y todo tu trabajo estuvo a punto
de ser felicidad, de ser lo eterno,
como el gran teorema de la historia ...

Pero ellos siguieron siendo ellos:
como el agua en las hojas de los árboles
se escurrieron así del diamante.
Lo dejaron vacío, y a su engarce,
y también a tu insomnio, y a la sangre,
y los sacrificados a la muerte ...
como una gigantesca pesadilla ...

El pueblo. Ellos te necesitaban.
Y de una vez, por fin, serían libres:

sacar al pensamiento de las cárceles,
y como surtidores de dinero
justamente fecundos. El respeto.
A compartir la paz las violetas,
los tigres, los halcones, los delfines,
hacia un futuro lleno de palomas,
a través de tu insomnio y de tus leyes ...

Pero ellos siguieron siendo ellos,
tranquilamente y como sin malicia
se escurrieron también de tus dibujos,
estándose en sus odios, en sus muertes,
en otra dirección, en sus trabajos.

El pueblo. Ellos te necesitaban.
La eterna y sacrosanta tradición,
su verdadero ser, su verdadero
nombre propio de siempre: junto al fuego,
la casa de los padres de sus padres,
la canción que aprendieron al principio,
las historias contadas por las noches:
los marinos, los que domesticaron
los vientos y los puntos cardinales,
los ríos más gigantes y las selvas ...
Y a través de tu insomnio y de tu esfuerzo
encontrarse otra vez en la ballesta,
apuntando más alto hacia el ser ellos.

Pero ellos siguieron siendo ellos,
otros ellos distintos, de otros nombres
que nadie ha pronunciado todavía:
se escaparon también de tus insomnios
y de todos los nombres que les dabas ...

Pero no por llevarte la contraria,
no por hacerte daño, ni engañarte,
no por dejarte solo. Sin malicia,
sin sospechar siquiera de tus planes
tan bien intencionados para ellos:
como una nieve ingenua difumina
y borra los caminos,
así, cuando los mapas
no sirven para andar en el invierno
porque el invierno es otro continente
aun inexplorado, indescubierto.

Pero tú solo vives en tu insomnio.
El pueblo, sí, dormía, y ¡qué belleza!
mientras tanto en vigilia, tú, en la noche
te sentías
tan generosamente redentor
porque inventabas vidas para tantas almas ...
¡Como si acaso tú hubieras podido
dormir tranquilamente igual que ellos!
¡Qué pretexto más digno, más honroso
para tu inevitable insomnio y esa

necesidad de ser necesitado!
Los hombres a tus piés. Tú: la justicia,
el eterno concierto de los astros
hecho orden humano en las ciudades,
felicidad perfecta en cada alma ...

Pero ellos, hasta sin darse cuenta,
se escurrieron a fuera de tus moldes,
de todas tus palabras,
dejándolas vacías, sin malicia,
inocentes, así, porque son ellos.
Y tampoco esta vez cupo la selva
dentro de tu jardín. ¡Lo que darías,
desterrado del sueño, por tener
causas para morir hacia el futuro,
alguna que no fuese un nombre vacío!

8. La tierra.

Esta vez te creías que escapabas:
buceando en tu sangre, desandando
tu llegar hasta aquí, siglo tras siglo,
hasta encontrar la fuente y el trueno
donde saltó la chispa, y de ese golpe
se puso de pie el zumo, en pie la savia
que atravesando madres fue empujando
a ser hombres a nuestros semejantes.

Llegaste donde todos ellos eran
corazones cogidos de la mano,
antes de ser distintos de sus gritos,
cuando todo el vivir se hacía como
el asaltar el agua torrenceras.
Antes de lo superfluo. En el momento
que el beso se inventó: sumando lunas,
el rugido del bosque y la plegaria
de aquella sangre de los sacrificios
bebida a sorbos y en silencio todos
alrededor del fuego. Y sí, los viste:
cuando aún la palabra no había
partido su verdad en dos mitades,
cuando la certidumbre de sí mismos
no se diferenciaba de ser ellos.

Y eran sus propios cantos, sus guirnaldas
de flores y su asombro tan de ansia,
y su seguridad de que podían
poner bien de su parte al firmamento,
pues las constelaciones y las lluvias
eran parte también del mobiliario,
y vivían con ellas como con los muertos.
Y había que tener mucho cuidado
con las palabras porque muchas veces
hablar era sagrado y pronunciarlas
era adorar, morir, subir al cielo,
bajar a los infiernos, lavar culpas...

Y llegaste hasta ellos y creíste
que ya por fin podías para siempre
ser tú desde tu fondo, así, hermanado
en el remoto manantial con ellos.
Corristes a abrazarlos, como ansioso
suicida que va a ahogarse al mar,
pero que es expulsado
y siempre y siempre y siempre por el agua:
una pobre pelota que no puede
la comunicación con lo profundo.

Tu tierra, tu pasado, tus primeros,

esfinge que ya apenas te saluda:
acaso escarapela en tu solapa,
un lema en el cristal de atrás del coche,
un cuadro en el vestíbulo del piso,
un disco con sonido estereofónico...

¡Y querías huir de donde estás
por lo más alejado, por el tiempo
que era antes del tiempo!
¡Como si tu pudieras no pasar,
no desdoblarte, como si pudieras
llamarle "padre" al sol siendo verdad,
o decir suplicante "madre tierra"
sin que eso suene a falso en tu garganta!

9. La muerte

Fíjate bien, cuanto atolondramiento buscando los pretextos más sonoros para morir con una muerte "bella", "por una causa noble".

Como si al fin y al cabo eso no fuera también una manera de escaparse; como si por morir en público, en los nombres, se hubiese ya cumplido con la vida.

Porque esas muertes, ahora,

tienen nombres comunes solamente.

Tan solo si la vida se ha cumplido puede tener la muerte nombre propio, algo así como "esposa", por ejemplo.

¡Y por qué ha de saber ningún extraño de las intimidades conyugales!

Pero ahora ya son demasiados

los que están divorciados de su muerte:

y por eso la buscan como huida, aventura romántica, pretextos.

Pero ya esas muertes no son tuyas.

10. La clica de la cofia

Existe todavía algo que nunca
ha sido mencionado por poetas,
que no le ha sido arrebatado el nombre.
¿Recuerdas la muchacha de la cofia?
Vestido de algodón rosa, con rayas,
y el blanco delantal
ceñido por la espalda, con un lazo
como una paloma aprisionada
en el momento de iniciar el vuelo.
¿La recuerdas planchando las camisas?
Y su preocupación por las croquetas :
¡qué disgusto si se le requemaban,
o si se deshacían de muy blandas
al ponerlas por orden en la fuente!

Y cómo se podría adjetivarla
-fea, guapa- si es toda sustantiva,
si jamás hubo en ella ni un resquicio
para la incertidumbre. Ella es "verdad".

Tendía bajo el sol, al aire libre,
las sábanas lavadas, y eso era
absolver mil fracasos del amor,
cancelar los insomnios,
borrar el llanto y disponer lo limpio
que sosiega la sien y las espaldas.

El universo entero se asomaba
a esos cuadrados blancos, pero ella
no podía saberlo.

Siempre estaba
tan segura de sí como los cedros
o la estrella polar, y no podía
pararse a sospechar si la miraban
o qué pensaban de ella, porque todo
su pensamiento allí coincidía
con las canciones que tarareaba
de manera completa, sin holguras.
Además,
había que bañar aún a los niños
y luego dar la cena a la más chica,
y luego a los señores ...

El juego con las pompas de jabón,
y luego, ¡qué bien huele la toalla!
y el agua de colonia.
¡Qué guapa estás, mi reina! Y a la mesa,
y ya verás qué rica la tortilla.

Al final los bostezos se reflejan
en el acero de las cacerolas,
y el agua en remolinos
deja limpio y callado el fregadero.

Después, en el silencio de los sueños,
sólo respiración que nutre al alma.

11. Infancia imposible

Por un milagro, ilesa de los siglos,
de las generaciones. Y quién sabe
si no es porque ella era el mismo gozne
del giro de los años.

Y claro que el amor y que la muerte,
y el pecado habitaban su sustancia.
Mas no tan distanciada de sí misma
como para poder sentirse sola,
para peregrinar hacia el amor
la muerte y el pecado, así, buscándose
morbosamente y narcisistamente.

Por un feliz azar incomprensible
se le alargó la infancia muchos años:
se le cayó, como hojarasca seca,
el llanto imprevisible, ese ensuciarse,
la terquedad del no, y le quedó limpia
una infancia madura, resistente
al trabajo constante, inasequible
al capricho y a los desdoblamientos.

Pero ese camino es ya imposible
para tí, vagabundo. Desterrado
por siempre de la infancia. Fabricante
de dolor y de amores en la alquimia
de la muerte, del mal y de la patria.
¿Y qué es lo que te queda, pobre errante
por jardines domados y por selvas?
Sólo peregrinar por el desierto,
y contarle el desierto a quien lo oiga,
y seguir y seguir, seguir viviendo,
no vaya a ser que haya que hacer algo,
que haya que alumbrar, quizá que haya
que contarle el desierto a quien lo oiga.

Porque ... a lo mejor se puede. Porque
a lo mejor existen ahí cosas
que se pueden nombrar, que nadie ha dicho.

12. El padre de familia

Tu desierto eres tú. Tú y tu desierto.
Pero no infinito azul y cielo a plomo.
No día. Ni tampoco las estrellas,
ni la luna
recortada con fuerza por la noche. •
Eso sería demasiado puro
y amplio para tí. Sí noche, pero
noche de niebla opaca, densa. Sólo
el contacto: habíamos quedado
en que era mejor la oscuridad.

Y ahora camina. ¿Vuelves el recuerdo
hacia aquella muchacha de la cofia?
Nunca ha habido desierto para ella,
porque -ya te lo he dicho-, porque nunca
se detuvo a mirarse en los espejos
del odio, del desprecio, del halago,
y no fue vaciada de sí misma
ni tuvo que vagar en busca suya.

Es preciso seguir, andar al tacto
(no vaya a ser que haya que hacer algo).
Hacia ese lado, ahí, es como un bulto.
¡Ah!, ¿reconoces algo?, ¿se parece
al recuerdo de algún ser conocido?
Es mujer. Sí. Más bien su espectro. Ahora
casi muda y ausente, casi otra.
¡Cuántas noches viajaste por su sangre!
Muchas veces estuvo a punto aquello
de ser amor, y algunas lo lograsteis.
Y ahora, en el desierto, esos viajes:
el rutinario tren de cercanías,
el autobús, el metro, los atascos ...
Sus ojos eran verdes. En la niebla
no podrías decir ya si te gusta,
mas siempre tuvo la comida en punto.
O bueno, casi siempre. Ha soportado
el martirio implacable del amor.
Camina tu desierto honradamente.

A veces una ráfaga suave
y puedes verla, sí, un poco más ella,
y suena casi como a compañía,
como aquellas tres tardes de la blusa
del niño ...

Y otra vez la niebla opaca.
Y aquí, sí, notas algo: ¡Ah!, una letra

que hay que pagar. La niebla. Sí, mañana
aquel certificado, la matrícula...

La hora de cenar. Y aun no han llegado
los chicos. ¿Hacia dónde irán creciendo?,
porque siempre se crece hacia algún punto ...
Si pudieras saberlo, si supieras
aunque fuera tan solo la llegada,
o una parte pequeña del camino ... ,
porque ellos, ¿cómo van a saber? ...
¡Ahí, ya llegan. La cena. El telefilm.
La tos de vez en cuando. Ella repite
que eso es por el tabaco. Y hacia atrás
descabezas un sueño entre el murmullo ...

Y la niebla otra vez. Aquí, el pijama ...
Hay que quitar la colcha. Sí.

... Suplicas
... y ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la hora indescifrable
de nuestra muerte. Amen.

13. Encuentros

Dos párpados son siempre un solo abismo
oculto que se abre.

No es posible
evitar la caída en los abismos.
Y se cae por ellos hacia abajo
o hacia arriba.
Sí, se cae, o con júbilo o con gritos,
con risas, con asombro o con respeto.
Unas veces hay pinchos que desgarran,
o bosques, o jardines de mil nubes.
A veces es mortal
el choque con el fondo.
A veces no se llega nunca al fin.

14. La guerra

No hay modo de saber qué forma adopta el odio por las noches. No se puede distinguir de la envidia, ni se puede saber si era tristeza solamente, porque tiene también forma de desengano y de justicia, y forma de amistad y de heroísmo. Pero no se distingue por las noches: hay mucha niebla y hay muchos mensajes de trincheras en trincheras y no da tiempo a apretar las palabras con las manos ni a entrar con el olfato por su pulpa ni a saber las manzanas que están envenenadas. De verdad que parece imprescindible que llegue la alborada y que se pueda distinguir entre amigos y enemigos, aunque sea tan solo un poco antes de que acabe la guerra ...

Porque, ¿cómo saber si tanto esfuerzo apunta de verdad a la victoria?

Es raro que se den tan simultáneos el cuerpo a cuerpo, a muerte, en hacia fuera mientras que cada dentro es una isla, agujero latiendo ensimismado en la noche anterior al gran combate. Pero sigue la guerra, sigue, sigue, y desgarras la niebla y abres un poco de puro espacio solo, donde pueda ensancharse el pensar hacia adelante...

Y si murieras mientras, en el tiempo en que lo conseguías, ¡Oh, qué alturas, hacer con una muerte un horizonte abierto hacia adelante!

15. La dama del alba

Recuerdas que la viste en la nieve,
culebrina de amor risueña y bella.
Detrás de la tormenta presentías
que estaba allí, irascible, portadora
de una paz absoluta.

Nunca antes
la tuviste tan cerca y sólo entonces
supistes de verdad que era la muerte.
Después os separasteis algún tiempo,
pero ya sabías
que era verdad y por lo tanto bella.
Una tarde volvió, fue a visitarte
y también esa vez sobre la nieve.
Llegó a rozar tu frente con su mano,
pero nada sentistes.
Sólo cayó la sangre sonrosando
aquel suelo nevado, y se deshizo
en flores inauditas, marchitándose
enseguida de frío: y las breves
fueron las más hermosas.

No supistes
por verla o por tocarla que allí estaba,
pues según su costumbre se escondía
detrás de lo tangible y lo visible,
tocándote y mirándote, desde ese
arcano privilegio.
Se quedó así a tu lado varias horas
y te hizo compañía dulcemente:
aquella intimidad grabó en tus huesos
su amistad y hermosura para siempre.

- Me has lastimado mucho en este tiempo

y sigues siendo fiel amiga, muerte.
A sabiendas me has hecho mucho daño,
con tu aquel fuerte beso al viejo amigo...
Y no es que sienta celos, no podría,
que has de besar a todos, desde dentro
de todos, donde habitas.
Y yo sé que eres pura por completo
entregándote toda a cada uno...
Me has lastimado mucho, te decía,
besando a quienes amo, y he sabido
por eso que eras tú mucho más mía.
Besos a los amigos ... ¡Oh, qué amargos!
y, ¡qué extraño que entonces te tuviera
más dentro y junto a mí que nunca antes,
cuando ha sido más íntimo y más largo
nuestro quedo intercambio de secretos!
¡Qué hermosa eres, sí, qué bella
cuando sólo eres mía ! Y cuando eres
de los amigos, ¡ah!, ¡qué dolorosa,
y cuánto más cercana a mí te siento entonces,
cuando eres de otros!
¿Por qué te veo más si no eres mía,
por qué es entonces cuando más me dueles?
Ya te siento en mi sangre en tu elemento,
como contenta y ancha.
¡Qué libertad me das, qué compañía!
y qué fuerza me pones en la sangre...

Hoy hace un día espléndido, mi muerte.
Yo puedo ser sin tí, tu sin mí, no,
y qué bien nos llevamos,
qué bien, sí, nos queremos.

¿Me avisarás con tiempo cuando vengas
a darme el beso último?

Hasta entonces

serás mi compañera, mi aliada.
Y cuando me lo des serás la puerta
abierta:
tendré yo que pasarla
y seguiré por siempre, para siempre
sin tí,
recordándote siempre, compañera,
consuelo, amparo, aurora.

Hoy hace un día espléndido, mi muerte,
para el último beso, sí, para que empieces
a ser por siempre mía de otra forma:
toda la eternidad
en mi frente la huella de tu beso.

16. Como un final lejano

¿Quieres más a tu padre o a tu madre?
Y seguías tus juegos
sin llegar a entender.
¡Como si fueran dos, o diferentes!
Te habían preguntado lo impensable,
lo imposible del todo.

Y sin embargo,
más tarde fueron dos: lo comprendiste
después de haber crecido: sí : eran dos.
¿Y cómo fue posible
si era tu corazón tan solo uno?
Mas tú sobrellevaste
sin romperte del todo en la locura
eso que el perro de la casa, el pobre,
no pudo soportar ... y murió loco.
Aquel pobre animal tan cariñoso
como tenía en él menos espíritu
no fue capaz de tanto sufrimiento.
Tu al fin te acostumbrastes. Y Más tarde,
algún tiempo después de que murieran,
los hallastes, allá en tu corazón,
nuevamente los dos siendo uno solo.

Quizás hay que esperar, seguramente,
a que pasen los tiempos y los mundos,
el bosque y el jardín. Cuando hayan muerto
a lo mejor podrán ser uno solo
allá en tu corazón sobreviviente.

17. Epílogo

Pero si rechazara
lo que no me merezco,
hasta esta pobre hoja
de quién sabe qué árbol
sería demasiado
hermosa para mí.

Sí. Todas las palabras
humanas deberían
significar por siempre
gratitud.

18. Dedicatoria

Cuando Carmen R.-R. M.-E. tenía 13 años, no le gustaba ayudarle a su madre en la cocina. Un día le dije que no creyese la opinión común según la cual hacer libros es más importante que hacer croquetas, porque las croquetas duran 3 ó 4 horas y los libros 30 ó 40 años. Le prometí que un día escribiría un tratado o un poema sobre la croqueta, y que se lo dedicaría a ella.

Aquí está, pues, este poema, dedicado a Carmen R.-R. M.-E., y a todas aquellas personas gracias a las cuales yo he podido disfrutar de un vaso limpio o de una servilleta planchada.